

dientes directamente del imperio, no reconocían á éste mas derecho que el de reclamar su servicio armado personal; por lo demás, no querían ser tributarios á manera de vencidos y esclavos. El parlamento de Worms había instituido una contribucion tímida, que tenía algo de territorial y algo de renta, de capitacion y de limosna por amor de Dios para socorro del imperio. Su importe, calculado en la pequeña

cantidad de 250,000 florines, había llegado en agosto de 1497 solo á 14,000 florines, de los cuales el parlamento entregó al rey, «con gran repugnancia,» 4,000. No fué mas generoso el parlamento con la fuerza armada, y cuando convino en 1507 en aprontar un contingente de 12,000 hombres para la campaña de Italia, causó tanta generosidad un estupor general, aunque de este contingente el emperador solo vió



Soldado mercenario alemán de principios del siglo XVI

Facsimile de un grabado en madera, que se halla al dorso de la página-dedicatoria al emperador Maximiliano en la obra alemana: *Cuatro libros de la Caballería*, por Vegetius Renatus, Erfurt, 1511

efectivos algunos pocos centenares. Sin embargo, es menester tener presente que Maximiliano no inspiraba confianza alguna, y su penuria permanente le arrastraba á actos increíbles, como el permiso que dió al belicoso duque Alberto de Sajonia, que había salido por fiador suyo en el préstamo de una gran suma de dinero. El duque le molestó tanto durante el parlamento de Worms, que el emperador le autorizó solemnemente, á pesar de la supresion del uso personal del derecho armado que acababa de ser votada por el parlamento, para cobrar su crédito á la fuerza cómo y dónde pudiese. De este modo, ni Maximiliano ni los príncipes y caballeros respetaban ley alguna; los miembros del parlamento solo

querían quitar al emperador todos los medios de sobreponerse á ellos; todos querían ser soberanos absolutos, y Maximiliano solo quería servirse del imperio para promover su interés personal y para realizar toda clase de aventuras políticas.

Bertoldo de Maguncia dijo un día en el parlamento que continuando éste en su obstinacion vendría un día un extranjero que los gobernaria á todos con vara de hierro.

Este extranjero vino, en efecto; pero los alemanes no habían llegado á la altura de concebir la idea de nacionalidad ni de patria, ni de ley impuesta, ni tenían mas idea que la de la libertad individual ó la esclavitud y sujecion al mas fuerte;

por esto no habían llegado á constituir una nacion y una patria unificada y fuerte.

Cuando en aquella época llegó á su colmo la fermentacion religiosa, fuerza enteramente nueva para la raza alemana, no hubo poder alguno en Alemania capaz de intentar un arreglo entre este pueblo y Roma.

CAPITULO IV

LA IGLESIA EN ALEMANIA

En Alemania, como en todas partes, lo que mas indignaba al pueblo entre los actos de la Iglesia era la explotacion material que ésta habia organizado, á lo cual se agregaba en Alemania el sentimiento del modo indigno con que el papado habia tratado á los emperadores; pero ni el odio del patriota ni el del contribuyente eran bastante fuertes para romper los vínculos sagrados que ligaban el pueblo aleman con Roma. Para romperlos se necesitaba la conviccion íntima, nacida en la conciencia, conmovida hasta en sus fibras mas ocultas, de que tales vínculos nada tenían de santos, sino que eran muy al contrario ligaduras, mas que mundanas, ímpias.

En nuestros tiempos se ha querido descubrir uno de los primeros representantes del espíritu protestante en el mas grande de nuestros trovadores, Walter de Vogelsveide, y en efecto, el mismo Hutten podria haberle envidiado su pintura del mago de Roma, al cual el moro del infierno presenta el libro negro. Jamás se ha expresado en tan bellas y robustas frases el odio del aleman laico contra el yugo eclesiástico impuesto por Italia á la nacion alemana. Al lado de este odio percibimos la fe religiosa del poeta, pero una fe que se lanza fuera del círculo trazado por la Iglesia, y se eleva hácia el Dios supremo, el Dios que adoran los cristianos, los judíos y los gentiles. Sin embargo, este Dios, segun el autor, parece estar dormido, ó no quiere ver á los sacerdotes extraviados que nos enseñan el cielo mientras ellos se hunden en el infierno. El Papa se rie á carcajadas de los estúpidos alemanes y dice: «Lo suyo se hace mio; el dinero de los alemanes pasa á las arcas italianas; por esto, oid, clérigos: hartaos de buenas gallinas y de buen vino y haced ayunar á los estúpidos laicos alemanes!»

Estas quejas antiguas se transmitieron de generacion en generacion como una herencia; pero el papado no se enmendó, ni en la época de los grandes concilios, que apenas produjeron algun resultado útil. Los decretos del concilio de Basilea, que el parlamento de Maguncia del año 1439 elevó á leyes del imperio, podrian haber sido para la Iglesia de Alemania hasta cierto punto un escudo contra las demasías mas escandalosas de la curia romana; con el restablecimiento de la eleccion canónica libre iba unida la supresion de innumerables gabelas pontificias y una reduccion notable de los casos de apelacion al Papa, así como del uso del entredicho; pero el concordato de Viena del 17 de febrero del año 1448 acabó con estas conquistas, volvió á conceder al Papa una extensísima participacion en la provision de las prebendas y restableció la odiada gabela de las medias annatas. La corte de Roma, animada con tan lata condescendencia, no se contentó con estas concesiones y volvió á su tradicional arbitrariedad y á su desprecio de todas las obligaciones molestas. El episcopado aleman, que habia prestado su cooperacion á estas reconquistas del papado, fué la primera víctima y pagó cara su debilidad, porque habiendo sido el objeto principal de la curia romana el de llenar sus arcas, cómo habia de guardar atenciones á la iglesia alemana, que tenia fama de ser la mas opulenta de la cristiandad? Aquí solo citaremos algunos de los medios mas productivos de

que se servia la máquina rentística de Roma para sacar sin interrupcion dinero del clero aleman. En primer lugar figuraban los derechos de confirmacion, que debian pagar los obispos y abades despues de ser elegidos ó nombrados. Segun arancel del siglo xv, importaban estos derechos para cada una de las mitras de Maguncia, Colonia, Tréveris y Salzburgo 10,000 florines de oro. Además de este gravámen los arzobispos debian comprar el palio, venda estrecha de lana, la cual segun el derecho canónico confiere al que la lleva la plenitud de su elevada mision sacerdotal. Esta insignia implicaba, fuera de sus otros méritos, un juramento de vasallaje especial al Papa y costaba una suma enorme; pero mas costaba rehusarla, como sucedió á un arzobispo de Tréveris en el siglo xiii, el cual por no querer comprar el palio fué destituido, y para no perderlo todo tuvo que pagar al fin 165,000 florines de oro. A principios del siglo xvi vacó y fué provista tres veces en el espacio de diez años la mitra de Maguncia, y Alberto de Brandeburgo, que quiso costear el palio, necesitó tomar prestados de la casa Fugger, á su instalacion, 30,000 florines de oro. De las prebendas eclesiásticas menores cobraba la curia al proveerlas las medias annatas; y á todos estos ingresos, que por sí solos justifican los dichos de Lutero tocantes á la feria y lonja romana, añadiase todo un sistema de reservas, que por las frecuentes cuestiones á que daba lugar era un nuevo manantial de dinero para la curia. Al principio la provision de las prebendas vacantes por el Papa sirvió para favorecer á eclesiásticos meritorios y pobres; pero esta práctica habia caido ya en desuso hacia mucho tiempo y habia degenerado en un comercio escandaloso de empleos eclesiásticos. El concordato de Viena aumentó el número de las reservas pontificias de prebendas y autorizó á la curia para anular «por motivos fundados» toda provision hecha por eleccion. El comercio con estas prebendas dió á la corte romana el carácter de una verdadera Bolsa. Allí se vendian prebendas ó el derecho de ocuparlas cuando vacaran, y allí se indultaba á las corporaciones eclesiásticas que acudian á reclamar contra la provision de prebendas ó la concesion de expectativas, reservándose la curia anular el indulto en caso necesario. Se eludia la prohibicion de la acumulacion de varias prebendas en una sola mano, ya formando de varias prebendas una sola, ya dando posesion de ellas á la persona favorecida con el carácter de encomienda y con la obligacion ficticia de proveerlas. Cuando el candidato favorecido habia obtenido la plaza que pretendia, por los medios que pueden suponerse, debia hacer todavia muchos sacrificios de dinero, gratificando á innumerables empleados para obtener los títulos. Sobre el descaro de la turba de empleados en las oficinas de la curia se encuentran revelaciones interesantes en el diario de un gran maestro de ceremonias del tiempo de Julio II y en las *Confesiones* de Leon X. Se dice que hasta obispos y arzobispos estaban amenazados de excomunion si se mostraban mezquinos con aquella multitud de empleados hambrientos. En una ocasion en que se celebraban los funerales de un cardenal en la iglesia de un convento, los frailes se opusieron á que el predicador se llevara despues del sermón el paño negro de que estaba adornado el púlpito, y esto produjo una batalla en la misma iglesia entre los frailes y la gente del Papa, de la cual salió el predicador molido á palos. Muchos de los que entonces tuvieron que ir á Roma para asuntos propios ó ajenos nos han dejado relaciones de la codicia insaciable de los empleados y de los Papas, que sostenian semejante caterva. Las relaciones de los representantes que la órden teutónica tenia en Roma en el siglo xv contienen, entre otras, sobre este punto cosas increíbles. La toma de posesion de su cargo de representantes costaba á cada uno unos 1,000 florines de

oro, sin contar los regalos de Navidad para los cardenales y auditores. En una de estas cuentas, solo el gasto de los dulces «subió á mas de 100 ducados.» Estos regalos se repitieron con el tiempo en todas las grandes fiestas anuales, costumbre abusiva que hace decir á uno de los embajadores que deberia tomarse ejemplo de los italianos, que no hacen caso de los anatemas del Papa, y añade: «Solo nosotros, pobres alemanes, creemos todavia que el Papa es un dios en este mundo; pero seria mas acertado ver en él un demonio, como lo es en efecto (1).»

Los solicitantes, mendigos y cazadores de prebendas y otras mercedes pontificias eran llamados en Roma «cortesanos,» y preguntando un día Federico el Sabio al arzobispo Ricardo de Tréveris por el significado de aquella palabra, le contestó el arzobispo que significaba *prostituto*, así como cortesana significaba prostituta, añadiendo: «Bien me consta, pues he tenido que pasar tambien por ello cuando estuve en Roma.»

Como se vendian gran parte de los empleos de la curia y las prebendas y beneficios eclesiásticos, se trató de aumentar y activar este tráfico, y la curia lo encargaba en comision y á rédito á grandes casas de comercio. Así se hizo con los bienes que quedaron disponibles á la muerte de un canónigo de Augsburgo, encargándose de su venta la casa de Fugger. Sucedia que los compradores los vendian despues á otros que á su vez los arrendaban á quien ofrecia mas, y de esta manera la administracion de muchas iglesias corria peligro de caer en las manos mas indignas. Wimpfeling (2) describe por experiencia propia la invasion de estos «vicarios» por arriendo en las iglesias parroquiales de su país, la Alsacia. En su mayoría estos vicarios procedian de Suabia y habian hecho sus estudios mendigando como estudiantes sopistas ó gorriones, haciéndose despues vendedores ambulantes de reliquias ó cocineros, mozos de caballeriza, monteros, cantores ó bufones de algun prelado, hasta lograr colocacion en una iglesia. El mismo papa Adriano VI dice explícitamente que en Roma se daban curatos y prelacías hasta á cocineros y arrieros. Es cosa probada que en Alemania se colocaron en puestos eclesiásticos grandes masas de personas enteramente ineptas, sobre todo á consecuencia de la costumbre de reunir varias prebendas en una mano. Por ejemplo, el marqués Alberto de Brandeburgo poseía las mitras de los arzobispados de Maguncia y de Magdeburgo, con la del obispado de Halberstad; pero si en este caso podian alegarse razones políticas para disculpar el abuso, no sucedia así tratándose de prebendas y beneficios de menor cuantía. El ya mencionado Wimpfeling conocia á un clérigo que tenia veinticuatro prebendas, y entre ellas ocho canonjías; y Capito dice que otro canónigo, llamado Jacobo de Estrasburgo, habia adquirido cien prebendas, con las cuales hacia un comercio lucrativo. Sucedia, como es de suponer, que á consecuencia de este abuso, muchos curatos y otros cargos eclesiásticos recaían á menudo en manos de extranjerios que ni siquiera entendian el idioma de sus feligreses; y estos y otros inconvenientes escandalosos no ocurrían solamente en la provision de puestos correspondiente al Papa, sino tambien en la que correspondia á los prelados alemanes, los cuales con harta frecuencia se veían obligados á ceder las prebendas mas pingües á señores canónigos de sus respectivos cabildos, que hacian con ellas lucrativo negocio arrendándolas. La cura de almas, verdadero objeto del estado eclesiástico, acabó por quedar

(1) En esta y otras muchas quejas contra el Papa se confunde la persona con la institucion. Los papas entonces tenían las virtudes y los vicios de su época, y en punto á vicios no les iban en zaga los legos.
(N. del T.)

(2) Véase *El Renacimiento en Italia y Alemania*, por Geiger.

completamente relegada al olvido, y jóvenes á los cuales nadie habria confiado el cuidado de una sola cabeza de ganado, dice Sebastian Brant, parecian todavia muy aptos para ser curas. Bien reclamaban con frecuencia las autoridades competentes contra tales abusos y pedian que no se colocaran, sobre todo en los curatos, sino personas versadas en los estudios; pero sucedia que los estudios de las tales personas se limitaban regularmente al arte de leer y escribir y algunos rudimentos de latin; lo cual ciertamente no era garantía de que el agraciado dejase de considerar su plaza como una sinecura y una fuente de dinero. Así lo indica un libro de moral (*liber moralis*) muy usado todavia en el siglo xv, que concluye con esta observacion: «Mira, hijo mio, á los clérigos vestidos de púrpura que ganan sus riquezas con las letras sin fatigarse en trabajos rudos. Estos sí que son los sabios verdaderos.» Tambien en el clero se conservaban con toda la nimiedad de la época la diferencia de castas y el orgullo nobiliario particularmente; siendo indudable que una gran fraccion del clero bajo aleman no participaba de la opulencia del resto y arrastraba una vida miserable, explotado por sus superiores y luchando con la competencia que les hacian los frailes mendicantes y con la mala voluntad de sus feligreses. «No hay, dice Sebastian Brant, hombre mas desgraciado que el clérigo que no se gana la subsistencia.» Sus enemigos mas temibles eran los frailes mendicantes, que por sus privilegios papales estaban fuera de la jurisdiccion episcopal, podian recorrer las comarcas con sus alforjas, usurpar la cura de almas en el púlpito y el confesonario y explotar así á favor de sus conventos la generosidad y liberalidad de los creyentes. Esto hacian en perjuicio del clero parroquial, con extraordinaria y odiosa actividad. No eran tampoco edificantes los conflictos y contiendas á que estas rivalidades daban origen, como tampoco lo eran las costumbres de unos y otros competidores.

En el siglo xv llegó la mundanalidad del clero aleman, como del de todos los países, á un punto extremo que no permitia ir mas allá. La espantosa desmoralizacion del bajo clero no era mas que la consecuencia del mal ejemplo que le daban sus superiores, los prelados. Los cabildos que elegian á los prelados eran entonces corporaciones exclusivamente aristocráticas y procuraban con gran rigor excluir de todos los altos puestos de la iglesia hasta á los miembros de las familias patricias de las ciudades, como consta de los cabildos de Worms, Basilea, Augsburgo y otros. El de Colonia exigió en 1474 la prueba de nobleza de cinco generaciones, es decir, de treinta y dos ascendientes nobles, para la plaza de canónigo, á pesar de que habia bastado hasta entonces que los padres y abuelos fuesen nobles. Estos canónigos caballeros no pensaban en llevar una vida diferente de sus parientes laicos y hasta se avergonzaban de vestir fuera de la iglesia el traje del cargo que les mantenía y que sufraga su lujo y sus excesos. Llevaban en la calle y en su casa el ridículo traje ajustado al cuerpo, con la espada y la daga colgantes del cinturón, y cuando tenían que asistir al coro se vestian en la iglesia, adonde hacian llevar por sus criados ó siervos el traje eclesiástico de su cargo. Las riñas, la caza y los galanteos eran sus ocupaciones, y los canónigos jóvenes en muchos lugares eran el terror de la poblacion. Así en Eichstaedt armaban alborotos nocturnos, persiguiendo á las mujeres de los ciudadanos, rompiendo los vidrios de las ventanas, derribando las barracas de los vendedores, sobre todo en las ferias anuales; y en Oehringen se divertian en apalear y aun en dejar muertos en la calle á los habitantes pacíficos, en maltratar á mujeres indefensas ó en dar palizas en las casas de prostitucion. Las mujeres nobles que poblaban las colegiatas y los conventos no cedian en mundanali-